El Stradivarius de Martín Cerda

Por ENRIQUE LAFOURCADE

SORPRENDIDO ante un poderoso libro. "Ideas sobre el Ensayo", de Martín Cerda. Una recopilación de diversos artículos publicados en «PEC», la notable revista que creara y mantuviera Marco Chamudes. A los que se agregan algunos prólogos y textos de conferencias.

Sus crestómatas, Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers.

Martín Cerda exhibe sus poderes en 266 páginas. "Carecía de ilusiones" —señala en el prólogo Calderón. Tal vez fue cierto en la segunda mitad de su existencia. Pero, antes...

Yo soy aquel que ayer no más decía

El libro me ha acompañado en estos primeros días del año precipitándome en perplejidades y algunas tristezas. ¿Martín Cerda? ¿Qué le pasó?

Respuesta de futuro imperfecto: le aconteció el morir. El llegar a la mar.

Pero, yo hablo de vida, de su vida que en parte fue la mía; del modo como nos conocimos y amistamos y padecimos bajo el poder de Poncio Pilatos.

Permítanme una breve incursión al país de las sombras largas. Año de mil novecientos cincuenta y tantos. La escritora, bailarina, diputada, la niña-duende con algo de pajecillo isabelino, María Eugenia Sanhueza, me trae un recado: "—Martín Cerda llegó de París". Y añade: "—Te manda a decir que quiere ser tu amigo".

Pánico inmediato. No se estilaba entre los Demianes del Parque Forestal, aprendices de Harry Heller, ese estilo de colegiales tan limpio y directo. La amistad, para nosotros, era una secreta elección no planeada. Unas aproximaciones en medio de luchas, discrepancias, coincidencias, ciertas afinidades invisibles, pasiones comunes. Camus, Rilke, Sartre, Alain Fournier, Nietzsche, Scott-Fitzgerald, Pavese, los caballeros del fuego. No contratábamos ni la amistad ni el amor. Sucedían.

Y ese "Llegó de París". Supongo que cuando regresa Huidobro alguien sembró una noticia similar. Los niños llegan de París. Huidobro era un niño armado con todos los juegos. Martín, otro

Mi juventud, ¿fue juventud la mía?

Por años miré con cierta desconfianza a Martín Cerda. Demasiado profesor, demasiado francés, exceso de Lukas y Drieu La Rochelle y Pierre Emmanuel y Roland Barthes. Sentencias largas. Citas. No escribía casi nada. Hablaba sin tregua ignorando el mundo exterior, en el que no sólo incluía el paisaje, los rostros humanos, la vida intelectual y política de Chile, sino su propio existir de ave de paso. Sin embargo, él nos aseguraba que pertenecía a una generación lúcida, sensual e implacable, de la que Rimbaud y Baudelaire eran los maestros.

Creo que Arturo Soria fue el puente. Y Ortega y Gasset, el pretexto. Y el café "Haití" de Ahumada o cualquier otro café del centro, el sitio. Soria era el único en Chile que había sido amigo íntimo y pertinaz de Ortega. De Ortega abajo, ninguno. Martín que era un sentencioso discurridor apodíctico, general de la palabra, catedrático, se quedaba en silencio. El vozarrón de Arturo, su rapidez intelectual, su ingenio, y el "haber estado allí" silenciaban al joven. Los coloquios duraban dos y hasta tres cafés, en mesitas, o en la barra. Y luego, seguían por diversas calles del centro. El azar se encargaba de agregar al grupo a poetas, periodistas, o más españoles. Huelo el café, el humo del cigarrillo de Arturo hecho con tabaco cubano, perfumado. Todos fumábamos. Aparecían Teófilo Cid, Braulio Arenas. Martín seguía, que iba muy de prisa a dar una charla a un centro cultural de la Gran Avenida, o a entregar una "nota" urgente a un diario que estaba cerrando su edición. Era el último en irse. Hablaba, hablaba, hablaba, lo vio la luz del día.

El hombre lleno de atributos

Estos trabajos de Martín Cerda me plantean varios problemas. El primero ¿Fue Martín Cerda un chileno, que nació en Antofagasta, como dicen algunas biografías? ¿Fue, siquiera, un latinoamericano de alguna parte? El segundo problema: ¿Vivió Martín Cerda en nuestro país gran parte de su existencia? ¿O se trató de una aparición? Yo veo a mis amigos de entonces como fantasmas. Fantasmas necesarios tales los de Juan Ybarra Y de Atos. Martín, que tenía un Stradivarius. Lo conocí toda su existencia con su Stradivarius que sacaba a tomar aire.

Alfonso Calderón nos informa que en 1951 Martín Cerda se fue a París, para siempre. Que se instaló en el número 10 de la rue Toullier, que allí alojó sus veintiún años. Quería vivir de la literatura y tomar por asalto La Sorbonne, e integrarse, superándolos, al grupo de los inmortales: Nietzsche, Heidegger, Ortega. Sartre. Participar en el "revival" de Europa, limpiar esa cultura de las ruinas.

¿Lo mareó a fuego el existencialismo sartreano?

Alegría, a pesar de todo

Imagino a Martín en esos entonces. Llueve en la buhardilla. El joven lee "Por el poder de una palabra/ recomienzo mi vida./ Nací para conocerte./ para nombrarte./ Libertad". Corre a las calles, entra en los "Tabac" y en las "Brasseries". La ciudad-imán atrae. Otra vez París dispara todos sus cañones. ¿Cuánto qué hacer! "Le Flore" y "Les Deux-Magots", llaman.

Es, naturalmente, un estudiante pobre. No puede entrar a los templos del existencialismo. "—Eran una colección de farreros"— solía decir el inimitable poeta Molina, de ese grupo que encabezaban Boris Vian, Jean-Paul Sartre, Albert Camus, Yves Montand, Olan a Duke Ellington, a la Juliette Greco, a la Piaf. En retirada Jean Sablon. Presumo que Martín Cerda olfateaba los ecos de ese reír sonoro. Y de regreso a la zahúrda.

Leo que Sartre envidiaba a Albert Camus no sólo porque era su rival filosófico y literario sino, y especialmente, "porque era tan atractivo y bailaba tan bien". El extraño Jean-Paul solía hacerle estas confidencias a las muchachitas norteamericanas e inglesas que lo acompañaban a beber su sabiduría que salía de una fuente de muchas aguas. Sartre amaba la frivolidad, el canto y la danza, pero jamás pudo bailar. Sólo criticar a los danzantes. Por esos años París iba cetrizando. Jazz, swing, teatro, café, cigarrillo, coñac. Martín, como Sartre, tampoco bailaba. A lo sumo, polka alemana. En 1961 la cosa estaba aún que ardía por esos lugares. Grascias por el fuego, dijo el joven aprendiz. Imagino a varios miles de aprendices agradeciendo. No sabían algo de estirpe heraclitiana: nunca el mismo fuego.

La montaña mágica

¿Qué cosas hizo nuestro amigo en esos años parisinos? Y en la fiesta que París, según Hemingway, desencadena en nuestras vidas, acompañándonos hasta la eternidad, ¿cómo aprovechó esta fiesta?

Lo cierto es que Martín no logró la obra soñada.

¿Quién la consigue? Seamos justos. Añadiendo que este libro indica sus talentos, sus latencias, sus capacidades para escarbar en obras a la moda, para seleccionar artículos en diarios y revistas, para preparar fichas y barajar citas. Sus crónicas constituyen un hervidero de frases inteligentes, de textos oportunos. Toda su vida la dedicó a este "registro" como él lo llamaba. Materiales de construcción para la montaña mágica y sagrada.

Me parece pertinente recordar que Martín Cerda en su cuarto de la rue Toullier lee obstinadamente "El sentido del sufrimiento", de Max Scheler, "a pasos del lugar en donde Rainer María Rilke comenzó a escribir los Cuadernos de Malte Laurids Brigge" —según lo advierte Alfonso Calderón.

Discurro por los trabajos martinianos. Es prosa urgente, para un diario. Recuerdo que Marco Chamudes se desesperaba con sus artículos no por mal escritos o mal informados, sino por su total desconexión con la realidad nacional y aun internacional. Por ejemplo, en mayo de 1967 Martín Cerda publica "El quinlunquismo en Marguerite Duras", que hace relampaguear los ojos de muchos espejos de Chamudes. Es una muestra impresionante de erudición sobre el "uomo qualunque" que hacía dar gritos a Marcos: "—¡Uomo Qualunque! Marguerite Duras! ¡Yo te pedí un análisis político sobre la nueva izquierda chilena".

De todos modos se lo publicaba sin cambiarle palabra, haciendo trabajar a los correctores con tanto hervidero de citas en francés, latín, italiano, inglés, alemán

La realidad, esa cosa que está afuera

Busco y busco hasta descubrir ciertos instantes de debilidad humana del ensayista. Recuerda la Brasserie de l'Ile Saint-Louis donde solían llegar los sábados al atardecer algunos sorbonnards, "clientes de Jean-Paul Sartre, estudiantes de 'phile', peatones de la vida. Bebían cantidades enormes de cerveza, devorábamos la inimitable 'choucroute' de Alsacia, le hacíamos la corte a nuestras compañeras entre cantos picantes, fragmentos de René Char o citas de Merleau-Ponty".

¡Citas de Merleau-Ponty para enamorar muchachas en flor! Todo un método neoromántico. El establecimiento les facilitaba unos sombreros hongos que "usábamos en puñado, como monedas de oro, de tenía listo a Heidegger. Capaz de aterrorizar a una delicada ninfula Nabokiana clavándole sus ojos de hipnotizador e infiriéndole como fin de fiesta una reflexión heideggeriana sobre el tiempo del ser o viceversa.

Aunque falaba en la única cita que realmente interesaba a la niña.

La vida está en otra parte

No puedo evitar el acordarme de Enrique Lihn. Mucho lo vinculaba con Martín Cerda. Autodidactos enloquecidos con las ideas. Abstractos hasta la médula del aire intelectual que los envolvía como una bruma. Desconectados con este aquí y este ahora sartreano que entendieron como conceptos pero jamás aplicaron como parte de sus vidas.

Es verdad que Lihn hizo una obra. La fue haciendo. Incomunicándose cada vez más. A medida que crecía en profundas y ahimas, su verbo se hacía extranjero. Cerda, optó por la palabra oral, una forma de su escepticismo. Cuando publica su único libro, en verdad un pequeño folleto, lo titula "La Falabra Quebrada". Discurrió con precisión sobre sus límites.

La palabra quebrada de Cerda y la palabra manicurada hasta el no decir, de Lihn, hicieron de dos de nuestros poderosos intelectuales unos proyectos. ¿Por qué?

Otras similitudes. Ambos, de devociones y estructuras espirituales propias de la filosofía alemana, particularmente de fines del XIX. Toda la picardía latina, el esplendor galo, estilísticamente, apenas los tocó. Conocieron las cumbres intelectuales de Francia, de España. Sin estremecimientos. Luis Oyarzún lo dijo varias veces y lo puso en su diario. Que había conocido pocas personas menos sensibles que Enrique Lihn. No creo enteramente verdadero este juicio. Tenía una sensibilidad, presumo, ante las ideas. Al igual que Martín. El mundo de las cosas les parecía despreciable.

Sin embargo ambos abrían ventanas hacia esta vida. La fiesta era una. Hacia la fiesta por la embriaguez. Hacia la embriaguez por la fiesta. Un amigo me cuenta que llamó a Lihn, cuando ya estaba enfermo, para preguntarle sobre unas clases. Y que éste, con voz exangüe, anhelante (era un sábado en la tarde) le preguntó: "—¿No sabes dónde hay una fiesta?".

Martín Cerda era parecido. Por una fiesta abandonaba todo. En éstas exhibían un humor negro y rápidamente se refugiaban en cierto histrionismo solemne y melancólico. Tirahan chorros de yuta como los camaleones.

Nos fuimos poniendo tristes

La verdad es que Martín Cerda y Enrique Lihn estaban entristecidos. Antes de sus enfermedades respectivas. Desencantados. Lucien Lévyre decía: "La vida, esa continua pregunta". El mundo era un fraude. El amor, otro. Martín Cerda amaba a los suicidas. Nos informó muchas veces sobre su inminente suicidio. Según Camus, "el único problema filosófico verdaderamente serio. Juzgar si la vida vale o no la pena de ser vivida".

A veces, en sobremesas, nos entretenímos preparando una lista de escritores suicidas. René Crevel, Essenin, Raymond Roussel, Virginia Woolf, Ernest Hemingway, Maiakowski, Ernst Toller, Walter Benjamin, Hart Crane, Cesare Pavese, Drieu La Rochelle, Primo Levi

Yo solía agregarle a Leopoldo Lugones, a Pablo de Rokha, a Alfonsina Storni, a Joaquín Edwards Bello, a Leopoldo Alas, a Alejandra Pizarnik, a Martha Lynch, a... No le interesaban. Conciu que se trataban, para Martín, de suicidas de segunda.

El mundo se había puesto resbaladizo. Todas las atoplas calan a pedazos. Malos cimientos, malas terminaciones. "Mala mezcla", diría el maestro Flores.

Pudo haber sido nuestro gran escritor

Aislo un instante de uno de sus trabajos donde sobresalen concesiones sensibles y biográficas; ¿qué prosa espléndida! Se pasea por los jardines de Notre-Dame. Ve:

"los senderos de piedrecilla que recorren, entre los pies de los amantes ensimismados, mil hojas por el otoño dormidas mortalmente".

De pronto, oye campanas. Las de la catedral, "llenando el espacio de la tarde con sus metálicos mensajes espectrales, a los que responden, solidarios e indivisibles todos los otros campanarios de París". Es el 11 de noviembre de 1966, "un viernes breve, frío, con un sol esquivo en las entrañas".

Otra parte de su develamiento

"Pareciera que esta vez, sin embargo, algo se estuviera fundiendo en lo más secreto de mi vida, como si, de pronto, una vena lejana e incierta se negase a ser conjugada en pretérito, e insinuase, vital e indobleg-ble, su decisión de irrigar el futuro. Un futuro en el que un niño juega, travieso e infatigable, con una pelota amarilla, entre campanadas que siembran dolores —dolores espigados por la muerte— en el espacio de la tarde de un viernes frío, pálido e incierto". ¿Qué perfección! ¿Qué envidia! Martín Cerda pudo haber sido uno de nuestros mayores novelistas. Pero amaba la verdad y la razón para y las esencias eran más gratas que las presencias y la rosa metafísica mejor que la rosa del jardín, o que la Rosa bella como todo el jardín de rosas que sostiene una rosa. "Buscaba otra cosa" este Martín con su Stradivarius, merodeando altivo por el mundo, ciego ante la realidad indigna de ser vista.

Enrique Lihn, Martín Cerda. El libro me hizo temblar. Un diagnóstico. Mis amigos muertos, oíre. Otro temblor, otro diagnóstico. La generación del 50, los pájaros errantes ¿Sabes dónde hay una fiesta?"

Tal vez esa es la gran pregunta. Después de tantas vanas inquisiciones, de tanta intoxicación intelectual, de tantos sueños. Martín Cerda, Enrique Lihn, sólo querían saberdónde, en qué lugar, se reunían sus hermanos, para vivir un tiempo feliz, un puñado, como monedas de oro, de instantes de alegría